

sus profundos cálculos la ejecución de su gran maniobra. Estando en Gloubokoe tenía su derecha hacia Kamen al príncipe Eugenio, delante hacia Ouchatsch á la caballería de Murat y á las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, y finalmente á su izquierda á Ney y á Oudinot frente por frente del campo de Drisa. En el mismo Gloubokoe tenía á la guardia imperial. De este modo se hallaba pronto con cerca de ciento noventa mil hombres á cruzar el Dwina sobre la izquierda de Barclay de Tolly. Circunstancia feliz era el triunfo del mariscal Davout para la ejecución de su designio, pero en este momento se operaba una singular revolución en el estado mayor ruso,

Según se ha visto, Barclay de Tolly se había replegado sobre el campo de Drisa, y este movimiento excitó el disgusto en el más alto grado. Entre las filas inferiores del ejército, en que predominaban las pasiones nacionales, el solo hecho de recular delante de los franceses hirió el sentimiento general profundamente. En la parte más elevada, capaz de avalorar la prudencia de un plan de retirada continua, el establecimiento en el campo de Drisa no tenía sentido racional para el espíritu de nadie. Efectivamente, la idea de retirarse á lo interior estaba fundada en la esperanza y la casi certidumbre de agotar á los franceses de resultados de una larga marcha, y de caer sobre ellos cuando estuvieran diezmados por la fatiga, el hambre y el frío. Un campo atrincherado no añadía á este plan muchas ventajas, pues como hemos manifestado, el verdadero abrigo de los rusos consistía en el espacio indefinido, y para nada les hacía falta un Torres-Vedras, no hallándose arrinconados á la extremidad de su continente. Pero de todos modos un campo junto al Dwina, en mitad del camino de los franceses, por decirlo así, al principio de su carrera, cuando aún tenían todas sus fuerzas y todos sus recursos, era una cosa sin sentido, puesto que Napoleón podía forzar este campo ó evitarlo, sin contar lo fácil que le era, aprovechándose de la inmovilidad del ejército principal, inmovilidad obligada, penetrar por su derecha en el agujero que separa las fuentes del Dwina de las del Dnieper, y cortar en dos la larga línea de los ejércitos rusos para el resto de la campaña. El movimiento del mariscal Davout contra el príncipe Bagratión la concentración de Napoleón en Gloubokoe, revelaban ya esta intención muy de sobra. Finalmente, ninguna seguridad ofrecía bajo el aspecto de su construcción el campo de Drisa. Generalmente se busca resguardo detrás de un río que se quiere defender, y aquí, por el contrario, se habían colocado los rusos delante del río, apoyando en él su espalda y sus alas. Por indicación del general Pfuhl eligieron los ingenieros rusos un ángulo entrante que forma el Dwina, y allí se arrimaron como si cuidaran menos de hacerse inexpugnables por su frente que por su espalda y por sus flancos. Verdad es que sobre el frente de este campo trataron de crearse una especie de inexpugnabilidad artificial por medio de inmensas obras que pudiesen desafiar todos los esfuerzos del enemigo. Cerróse el ángulo entrante en que se habían situado con una primera línea de obras de tres mil trescientas toesas de desarrollo, yendo de uno á otro codo del Dwina, y consistían en troncos de árboles y espolones de tierra de difícil escalamiento y erizados además de artillería. En segunda línea se habían cons-

truido diez reductos, enlazados como por cortinas, y armados igualmente con una artillería muy numerosa. Parte del ejército ruso ocupaba estas obras, y el resto, situado detrás en masas compactas, presentaba una reserva formidable. Cuatro puentes debían asegurar la retirada de este ejército si se veía forzado á evacuar la posición. Aunque este campo hubiera de oponer grandes obstáculos hasta á la impetuosidad de los franceses, es muy verdad que se prestaba maravillosamente á la maniobra de Napoleón, que pensaba en rebasarlo y encerrar allí á Barclay de Tolly. Con efecto, si Napoleón tenía tiempo de pasar el Dwina y de trasladarse á espaldas del ejército ruso, no se concibe cómo éste hubiera podido desfilarse por cuatro puentes delante de doscientos mil franceses.

De todos modos el grito era universal en el ejército ruso. Unos censuraban la idea de retirarse delante de los franceses, otros la de hacer tan pronto alto, otros aún la de dejar que Napoleón se remontara por la izquierda del ejército principal y se interpusiera de esta suerte entre Barclay de Tolly y Bagratión. Todos unánimemente imputaban al general Pfuhl la idea que les desagradaba; después del general Pfuhl á los extranjeros que parecían cómplices suyos, y después de estos extranjeros al emperador Alejandro, que los escudaba con su patrocinio. Hasta el italiano Pauluci, que se desvivía para hacer olvidar su origen por la violencia de su lenguaje, dijo á Alejandro que su consejero Pfuhl era un idiota ó un traidor, á lo cual respondió Alejandro enviando al soberbio interpelante á treinta leguas á la espalda. Pero la cólera general se hacía cada vez más viva.

Brevemente no se limitaron ya á censurar el plan de campaña, sino que comenzaron á ejercer la censura hasta sobre la presencia del emperador en el ejército, y á clamar contra el espíritu de corte trasladado á los campamentos, allí donde se necesitaba un jefe que dirigiera las operaciones militares por sí solo, y nada de aquellas reuniones de cortesanos, propias no más que para turbar al que manda, quebrantar la confianza de los que obedecen y substituir finalmente la confusión á aquella unidad absoluta que es condición indispensable de los triunfos en la guerra. Se dieron á decir que Alejandro no podía ejercer el mando; que no lo quería tampoco, aun cuando no careciese de inteligencia militar, y que, no mandando, estorbaba que se mandara, porque una inevitable deferencia á sus pareceres, el temor de caer en su censura ó la de sus familiares debían quitar toda decisión al jefe de ejército más resuelto; que se necesitaba la libertad de derramar, aun engañándose, torrentes de sangre, y no tener detrás de sí un soberano que midiera la cantidad de la sangre vertida, deplorándola y echando la culpa á los generales; que por consiguiente, no obrando é impidiendo que se obrara, era menester que Alejandro se fuese, y se llevase asimismo á su hermano, tan incómodo como él y no de más provecho. ¡Extraño espectáculo el de este zar, tipo acabado en la Europa moderna de la soberanía absoluta, y dependiendo de sus principales cortesanos, y casi excluido del ejército por un motín de corte! ¡Tan profunda es la ilusión del despotismo! No se manda verdaderamente sino en proporción de las voluntades que es capaz de concebir y de ejecutar cada uno: de nada valen

el grado ni la categoría, y el soberano más absoluto sobre el más temible trono no es á menudo más que criado de un criado que sabe lo que su amo ignora. Sólo el genio manda porque ve y quiere, y aun éste depende de los buenos consejos por la imposibilidad de verlo todo, y si, cegado por el orgullo, da de mano á estos consejos, desemboca en la locura, y por la locura en la ruina.

La aristocracia militar rusa, que intimidando ó sosteniendo alternativamente á Alejandro, le había conducido poco á poco á resistir á la dominación francesa, no estaba dispuesta, ahora que le había arrastrado á la guerra, á dejarse poner trabas sobre la manera de sustentarla. Queríala violenta, encarnizada, desesperada; había formado la resolución de sacrificar en caso de necesidad todas las riquezas, toda la sangre de la nación, y no admitía que un emperador, patriota sin duda, pero suave, humano, variable, llegase á atajar sus patrióticos esfuerzos.

Animados como estaban los principales personajes de esta aristocracia militar, convinieron en intentar un paso cerca del emperador Alejandro para hacerle abandonar el plan del general Pfuhl y el establecimiento en el campo de Drisa; para determinarle á remontar el Dwina hasta Vitebsk, donde se estaría en aptitud de unirse al ejército de Bagratión por Esmolensko. Una vez obtenidos estos puntos se prometieron ir más allá todavía, invitando á Alejandro á que se alejara del ejército. Para cohonestar esta invitación de una manera conveniente, tomaron un pretexto, no sólo respetuoso, sino hasta lisonjero. Hubieron de alegar que la dirección de la guerra no era á la sazón la principal tarea del gobierno, siendo todavía más importante el cuidado de allegar recursos; que detrás del ejército que se iba á lanzar á la pelea se necesitaba que hubiera otro, y dos si se podía; que para tenerlos era menester alcanzarlos del patriotismo de la nación; que Alejandro, adorado por ella en aquel instante, obtendría cuanto quisiera; que por tanto urgía que se trasladase á las principales ciudades, á Vitebsk, á Esmolensko, á Moscou, á San Petersburgo, y convocara á todas las clases de la población, á la nobleza, al clero, al estado llano, y les pidiese los últimos sacrificios; que este servicio era á la vez más urgente y más provechoso que cuantos podía prestar si se quedaba en el ejército; que á sus generales tocaba pelear y morir sobre el umbral de la patria, y al emperador ir á buscar á otros hijos briosos de ella para morir donde fuese necesario, aun en las extremas profundidades de Rusia. Y se debe reconocer en honor de esta aristocracia imperiosa y adicta, que doce años antes se había desembarazado violentamente de un príncipe loco y que hoy alejaba del ejército á un príncipe importuno, se debe reconocer que procedía sinceramente y sólo anhelaba una cosa, derramar la sangre del ejército y la suya propia más á sus anchas y más copiosamente.

El antiguo ministro de la Guerra Araktchejev, hombre de capacidad ordinaria bien que de carácter enérgico, y el ministro de Policía Balachoff, osaron extender un dictamen que remitieron con su firma á Alejandro, y por el cual le aconsejaban su partida inmediatamente á Moscou, fundándose en las razones que acaban de ser indicadas. Bagowouth y Ostermann, jefes de cuerpo, suplicaron á Alejandro con una energía que pasaba del

simple ruego, que ordenara el abandono inmediato del campo de Drisa y un movimiento de derecha á izquierda sobre Vitebsk, para desbaratar, uniéndose al príncipe Bagratión, la maniobra de Napoleón, de la cual se empezaban á concebir sospechas.

Movido Alejandro por las observaciones que le acababan de presentar sobre los inconvenientes de su presencia en el ejército, fijándose igualmente en el peligro de la posición tomada sobre Drisa, sintió desvanecerse todas sus resoluciones. Convocó un consejo de guerra, admitiendo no sólo á su propio estado mayor, sino al del general Barclay de Tolly. Además llamó á su seno al antiguo ministro de la Guerra Araktchejev, al ingeniero Michaux y al coronel Volzogen, confidente del general Pfuhl. Después de explicar Alejandro el plan en globo, encargó al coronel Volzogen que lo justificara en sus pormenores. Convinendo éste en que ciertos trabajos habían sido mal concebidos, defendió, sin embargo, el establecimiento del campo de Drisa, con argumentos más ó menos especiosos, si bien carecían de fuerza contra las objeciones que el plan del general Pfuhl suscitaba. Efectivamente, si se trataba del plan de una retirada calculada, detenerse junto al Dwina era hacer alto muy pronto, á causa de la exposición de ser asaltados por los franceses, cuando aún disponían de todos sus recursos: además, retirándose sobre Drisa, se les dejaba la facultad de interponerse entre los dos ejércitos del Dwina y Dnieper; finalmente, si se podían concebir cuerpos que operaran sobre las alas del enemigo, no era esta una razón para dividir en dos la masa principal de las fuerzas rusas hasta el punto de no quedar en ninguna parte en estado de hacerle cara. Aunque estas razones no fueran distintamente expresadas por ningún miembro del estado mayor ruso, agitaban confusamente los ánimos de todos. Así, el mismo coronel Volzogen se apresuró á admitir la necesidad de abandonar sin demora el campo de Drisa y de trasladarse sobre Vitebsk, donde se daría la mano á Bagratión, con la esperanza de incorporarse en Esmolensko. Este dictamen, conforme á cuanto se deseaba, no podía hallar contradicciones y fué unánimemente adoptado.

Así se abandonó por una especie de rebelión de los ánimos la parte ridículamente sistemática del plan del general Pfuhl, que consistía en buscar en Drisa lo que lord Wellington había encontrado en las líneas de Torres-Vedras. Sin embargo, Alejandro no abandonó la parte esencial del plan, que verdaderamente pertenecía á todos los espíritus sensatos, el de retirarse á lo interior del territorio. Al general Barclay de Tolly fió la ejecución de este pensamiento, sin darle el título de general en jefe por no herir el amor propio del príncipe de Bagratión, y le dejó la calidad de ministro de la Guerra, que hacía subordinados suyos á todos los jefes de cuerpo. Además conoció que necesitaba alejarse, porque molestaba á los generales con su presencia, asumía una responsabilidad espantosa y experimentaba un insoportable tormento de espíritu en medio de pareceres tan encontrados. De consiguiente aceptó de buen grado el papel cuya idea se le sugería, el de ir á Moscou á levantar las poblaciones rusas contra los franceses, y sin dilación abandonó el cuartel general, llevándose todos los importunos consejeros, á quienes Barclay de Tolly no amaba y el ejército menos. El general

Pfuhl marchó hacia San Petersburgo con el antiguo ministro Araktchejev, el sueco Arnsfeldt y otros. El italiano Pauluci, caído al principio en desgracia de resultas de su franqueza, fué nombrado gobernador de Riga.

Sólo Barclay de Tolly al frente del ejército en calidad de ministro de la Guerra, era entre todos los generales rusos el más capaz de dirigirla acertadamente. Instruído, conociendo á fondo los detalles de su oficio, flemático y tenaz, no tenía más que un inconveniente, y era el de inspirar vivos celos á sus subordinados, á quienes no podía imponer silencio por una superioridad reconocida, y el de ser responsable á los ojos del ejército de un sistema de retirada que, por razonable que fuera, le hería hondamente. Por de pronto se adhirió con toda su alma al pensamiento de evacuar el campo de Drisa, de remontar el Dwina hasta Vitebsk, de establecerse allí enfrente de Esmolensko, donde se esperara que llegaría Bagratión muy luego remontando el Dnieper y alargar á éste la mano, trasladándose en medio del agujero que separa las fuentes del Dwina y del Dnieper, si la necesidad lo requería. Con este movimiento nos iba á interceptar el camino de Moscou, pero quedaba abierto el de San Petersburgo. A fin de cerrarle cuanto fuera posible, resolvió dejar en posición sobre el Dwina, entre Polotsk y Riga, el cuerpo del conde de Wittgenstein, el cual, al frente de veinticinco mil hombres, aumentados muy pronto con las tropas de Finlandia y las reservas del Norte del imperio, cubriría la importante plaza de Riga y amenazaría el flanco izquierdo de los franceses, mientras que el ejército del Danubio amenazaría el flanco derecho si volvía á tiempo de Turquía.

Tomadas estas disposiciones, Barclay de Tolly se puso en marcha el 19 de julio, y remontó el Dwina, yendo la infantería por la orilla derecha y la caballería por la izquierda. Al remontar esta última la orilla ocupada por los franceses, podía tener con ellos más de un choque, si bien le quedaba el recurso de vadear el río, cosa fácil en aquella estación y por más arriba de Polotsk. El general Doctoroff debía formar la retaguardia. Después de la separación del cuerpo de Wittgenstein y de las pérdidas ocasionadas por la marcha, aún contaba Barclay de Tolly cerca de noventa mil hombres. Ciento cincuenta mil debía juntar, si el príncipe Bagratión se le incorporaba. Partiendo el 19, marchó por las orillas del Dwina durante los días 20, 21 y 22 de julio, manteniéndose á una distancia bastante grande de los franceses, quienes en su proyecto de maniobra habían resuelto no acercarse demasiado á los rusos.

Napoleón, que cuando operaba tenía continuamente fijos los ojos en el enemigo, no debía tardar en enterarse de aquel movimiento, aunque la caballería rusa procuraba encubrirlo y disimularlo con reconocimientos ejecutados en todas direcciones. Muy pronto y por entre esta agitación de la caballería echó de ver un movimiento hacia el alto Dwina, que para los franceses era de izquierda á derecha, y de derecha á izquierda para los rusos. Con su penetración incomparable reconoció al punto que Barclay de Tolly remontaba el Dwina hacia Vitebsk para alargar la mano á Bagratión, el cual por su parte remontaría el Dnieper hasta Esmolensko, según todas las probabilidades. Lejos de retraerle de su gran designio, alentóle esta maniobra de los contrarios. Si los rusos levantaran el campo de Drisa para engolfarse

directamente en lo interior de Rusia, pudiera desesperar de darles alcance; mas subiendo Barclay de Tolly por medio de un movimiento semejante, siempre tenía la probabilidad de situarse entre uno y otro para realizarse su plan primitivo. Después de obligar al mariscal Davout al príncipe Bagratión á descender el Dnieper, debía llegar muy delante de él á Esmolensko, y Napoleón no tenía más que remontar personalmente el Dwina, marchando de prisa por su derecha, para llevar á cabo en Vitebsk lo que no pudo hacer en Polotsk, esto es, pasar el Dwina por la izquierda de Barclay de Tolly, rebasarlo y cogerle de revés, con tal de que las circunstancias no le fueran completamente desfavorables.

De consiguiente aún era su plan realizable, sólo que había que ejecutarlo más á la derecha. No dilató la ejecución un momento, y hasta anticipara la hora, si la reunión de su material se lo permitiera. El príncipe Eugenio estaba en Kamen el 22 de julio: Murat con la caballería y con las tres divisiones destacadas del primer cuerpo estaba muy cerca sobre la izquierda del príncipe Eugenio; Ney y Oudinot seguían detrás, y después avanzaba la guardia por Gloubokoe. Napoleón puso toda esta masa en marcha hacia Beschenkowicz. Recelando no obstante que debían quedar fuerzas enemigas junto al bajo Dwina, prescribió al mariscal Oudinot que cruzara este río por Polotsk, arrollara hacia abajo á las tropas que encontrara, y se aplicara á cubrir la izquierda del grande ejército. Descontando á Macdonald, dejado en Samogitia para velar sobre el Niemen; descontando á Oudinot, destinado á mantenerse hacia Polotsk, quedaba Napoleón con Murat, con las tres divisiones del primer cuerpo, con Ney, con el príncipe Eugenio, al frente de cerca de ciento cincuenta mil hombres. Sobre su derecha debía hallar al mariscal Davout á la cabeza de sus tres divisiones y de todas las fuerzas que habían compuesto el cuerpo de Jerónimo. Por tanto, se hallaba en aptitud de descargar sobre Barclay de Tolly un terrible golpe.

El príncipe Eugenio cruzó el 23 el Oula y se trasladó con algunas tropas ligeras hacia Beschenkowicz, pequeña aldea situada á orillas del Dwina, desde donde se podían distinguir los movimientos del ejército ruso más allá del río. A la sazón se descubría la retaguardia de Doctoroff en el camino de Vitebsk. A la orilla izquierda que ocupábamos, asomaron retaguardias de caballería en dirección del mismo punto y se replegaron, si bien defendiéndose con más tenacidad que de costumbre, lo cual hizo nacer la esperanza de ver en fin aceptar á los rusos la batalla tan ardentemente deseada. Napoleón ordenó al príncipe Eugenio, el cual no se pudo trasladar á Beschenkowicz más que con una vanguardia, que reuniera al día siguiente 24 todo su cuerpo y la caballería de Nansouty y echara un puente sobre el Wilia para hacer un reconocimiento al otro lado. Ya él había salido con su cuartel general de Gloubokoe y se hallaba á media marcha detrás del príncipe Eugenio. Al resto del ejército hizo ejecutar un movimiento general en el mismo sentido.

El día 24 llevó el príncipe Eugenio su cuerpo á Beschenkowicz. Mientras, pasando la caballería ligera de Nansouty más allá de este punto, corrió por el camino de Ostrowno, el príncipe diseminó sus cazadores á lo largo del Dwina para alejar de allí á los rusos que se

veían á la orilla opuesta, é hizo aproximar su artillería, con el fin de mantenerlos aún á mayor distancia. Levados á este sitio los pontoneros de su cuerpo, se lanzaron audaces al río para emprender el establecimiento de un puente. A las pocas horas ya estaba practicable, de modo que pudieran empezar á pasar las tropas. Impaciente la caballería bávara del general Preysing, agregada al ejército de Italia, por mostrarse más allá del Dwina, se precipitó al agua sin vacilaciones, vadeó el río, y corrió á limpiar la otra orilla. Sus escuadrones, mejor conservados que la infantería bávara, se hicieron admirar de todo el ejército por la precisión y la rapidez de sus maniobras al galopar en seguimiento de los rusos.

A eso de mediodía anunció la presencia de Napoleón un gran tumulto de caballos. Las tropas de Italia, que aún no le habían visto, saludáronle con estrepitosas aclamaciones, á las cuales respondió con un saludo brusco. Tan ocupado estaba del objeto que le conducía á aquel punto. Precipitadamente se apeó para dirigir al jefe de los pontoneros algunas observaciones; volviendo á montar en seguida cruzó el puente al galope, y siguiendo á la caballería bávara á toda rienda, avanzó á mucha distancia por la orilla izquierda del Dwina para observar la marcha de los rusos. Aun cuando con su sagacidad prodigiosa adivinara la verdad por los más vagos informes de los oficiales de vanguardia, quería ver las cosas por sus propios ojos siempre que le era posible.

Después de correr el espacio de dos ó tres leguas, volvió convencido de que el ejército ruso había desfilado entero hacia Vitebsk, y resolvió avanzar más de prisa y más osadamente en la dirección misma, para situarse violentamente si era necesario entre Vitebsk y Esmolensko, entre Barclay de Tolly y Bagratión. Por tanto ordenó al príncipe Eugenio y al general Nansouty que se encaminaran al día siguiente 25 hacia Ostrowno. Murat, que había marchado delante con la caballería de Montbrún y las tres divisiones de Morand, Friant y Gudin, debió ponerse al frente de la caballería, ahora que el ejército estaba reunido, y preceder al príncipe Eugenio en el movimiento sobre Ostrowno.

Al día siguiente 25 emprendióse la marcha muy temprano. Abrióla el general Bruyere con siete regimientos de caballería ligera y un regimiento de infantería de la división de Delzóns, el 8.º de ligeros. Seguían los coraceros de Saint Germain; por lo que hace á los de Valencia, que completaban el cuerpo del general Nansouty, se hallaban destacados cerca del mariscal Davout, según se ha visto más arriba. Queriendo retardar este mismo día el general Barclay de Tolly los progresos de los franceses, disputándoles el terreno palmo á palmo, situó delante de Ostrowno al cuarto cuerpo (el de Ostermann), con una brigada de dragones, con los húsares de la guardia, con los húsares de Soumy y una batería de artillería montada. Estas tropas se hallaban de reconocimiento entre Ostrowno y Beschenkowicz.

El general Piré con el 8.º de húsares y el 16.º de cazadores de á caballo avanzaba por el camino de Ostrowno, ancho, recto, con álamos á un lado y á otro, cuando descubrió en lo alto de una colina á la caballería ligera rusa escoltando su artillería montada. No bien se reconocieron unos á otros cuando el 8.º de húsares y el 16.º de cazadores fueron cubiertos de metralla. Cayendo

entonces el general Piré con sus dos regimientos sobre la caballería rusa, puso desde luego en fuga al regimiento que ocupaba el centro del camino, cargó de seguida al segundo que estaba en el llano hacia la derecha, revolvió sobre el tercero, que estaba en el llano hacia la iz-



El redingote gris y el sombrero de Napoleón (Colección de S. A. I. el príncipe Víctor Napoleón)

quierda, y después de haberse deshecho de cuantas tropas de á caballo tenía por delante, se arrojó sobre las piezas, acuchilló á los artilleros y se apoderó de ocho cañones. Murat llegó en el momento de realizarse este hecho de armas al frente de la segunda brigada del general Bruyere y de los coraceros de Saint Germain y tomó la dirección del movimiento.

Apenas trepó el ribazo, á cuya falda tuvo lugar este primer choque, descubrió más allá en la llanura á todo el cuerpo de Ostermann, apoyado por una parte en el Dwina y por otra en alturas cubiertas de maleza. Al punto adoptó las disposiciones para hacer cara á aque-

lla infantería numerosa, flanqueada por más de mil caballos. A su izquierda hacia el Dwina situó sus regimientos de coraceros en tres líneas. En el centro desplegó el 8.º de ligeros á fin de responder al fuego de la infantería rusa, é hizo que le sostuviera parte de la caballería del general Bruyere. Sobre su derecha colocó el resto de su caballería, que se componía del 8.º de lanceros polacos, del 10.º de húsares polacos y de un regimiento de hulanos prusianos. Al príncipe Eugenio envió á decir que acudiera con la división de infantería de Delzóns tan pronto como le fuera posible.

Aún no estaban terminadas estas disposiciones, cuando los dragones de Ingrí se adelantaron para atacar su extrema derecha. Los polacos, á quienes la vista de los rusos animaba con singular ardimiento, ejecutaron un cambio de frente á la derecha, se precipitaron sobre los dragones de Ingrí, rompieron por medio de ellos, mataron no pocos y se apoderaron de doscientos ó trescientos. Instantáneamente se halló barrida esta parte del campo de batalla, y así dió tiempo á que la infantería de la división de Delzóns llegase. En este intervalo los dos batallones desplegados del 8.º de ligeros ocupaban el centro del campo de batalla y protegían á nuestra caballería contra el fuego de la infantería rusa. Para desembarazarse de ellos el general Ostermann envió en su contra á tres batallones destacados de su izquierda. Al punto hizo Murat que estos batallones fueran atacados por algunos escuadrones, que les forzaron á replegarse. Así nuestra caballería llenaba cada hora de la jornada con brillantes combates mientras esperaba la aparición de la infantería. No atreviéndose ya el conde de Ostermann á acometer á nuestra caballería de frente, hizo avanzar, á favor de los bosques, á otros muchos batallones sobre nuestra derecha y empujó á dos sobre nuestra izquierda con el propio designio. Murat, que hasta ahora no tenía aún más que caballería, soltó contra los batallones que se presentaban hacia su derecha á los lanceros y á los húsares polacos y á los uhlanos prusianos. Cayendo esta caballería ligera á toda rienda sobre los batallones rusos, desbaratólos y los obligó á meterse otra vez en el bosque. En el ala opuesta, sostenido el 9.º de lanceros por un regimiento de coraceros, rompió con el mismo vigor á los batallones rusos enviados contra nuestra izquierda, y los puso en la necesidad de retroceder.

Muchas horas hacía que duraba esta lucha incesante de la caballería francesa contra toda la infantería rusa, cuando llegó al fin la división de Delzóns, que realmente había andado tan de prisa como le fué posible, y á la vista de sus líneas compactas el conde de Ostermann se declaró en retirada hacia Ostrowno. Esta jornada, que nos costó á lo sumo trescientos ó cuatrocientos hombres, hizo perder á los rusos ocho bocas de fuego, setecientos ú ochocientos prisioneros y mil doscientos ó mil quinientos hombres fuera de combate. Señalóse nuestra caballería por su brío y la exactitud y oportunidad de sus maniobras, gracias especialmente á Murat, que poseía en el más alto grado el arte difícil, no de economizarla, sino de servirse de ella.

Este combate anunciaba en los rusos la intención de disputar el terreno, y aun quizá de presentar batalla. Nada convenía más á Napoleón, que persistiendo en interponerse entre Barclay de Tolly y Bagratión, y sobre

todo en rebasar al primero, ansiaba particularmente conseguirlo por medio de una batalla, capaz de proporcionarle de seguida todos los resultados que esperaba de una sabia maniobra. De consiguiente ordenó al príncipe Eugenio y á Murat que al otro día se trasladaran en masa á Ostrowno, y fueran más allá de este punto para acercarse á Vitebsk lo más posible.

Con efecto, al día siguiente, después de concertar bien sus movimientos, se adelantaron Murat y Ney sumamente enlazados uno á otro. La caballería ligera y los dos batallones del 8.º de ligeros abrían la marcha, detrás iban los coraceros de Saint-Germain, y por último la división de infantería del general Delzóns. La división de Broussier estaba á una hora á retaguardia. Así cruzaron á Ostrowno por la mañana, y dos leguas más allá encontraron al enemigo alineado detrás de un gran barranco. Era la división de Konownitsín, enviada por Barclay de Tolly para sostener el cuerpo de Ostermann y reemplazarle en caso necesario. El campo de batalla presentaba los mismos caracteres que los días anteriores. Remontando el valle del Dwina, teníamos á la derecha colinas cubiertas de ramaje, en el centro del camino real con álamos á uno y otro borde, cruzado por barrancos, sobre los cuales se habían echado pequeños puentes, y á la izquierda el Dwina, describiendo numerosos recodos y vadeable en cierta estación por varios puntos.

A cosa de las ocho y al borde del barranco, detrás del cual se había situado el enemigo, se encontraron sus tiradores. Nuestra caballería ligera vióse obligada á replegarse y á dejar el cuidado de superar aquel obstáculo á la infantería. Murat se mantuvo algo á retaguardia con sus escuadrones, contentándose por el momento con enviar al otro lado del Dwina algunos de sus jinetes ligeros, para batir la ribera y amenazar el flanco de las rusos. Llegado el general Delzóns delante del barranco que nos detenía, dirigió sobre los bosques espesos que se hallaban á nuestra derecha al regimiento 92 de línea, con un batallón de cazadores del 106, sobre nuestra izquierda, un regimiento croata apoyado por el 84 de línea, y conservó en el centro el resto del regimiento 106 de reserva. Puesta en batería la artillería por el general Anthouard, debía proteger con sus fuegos el ataque que iba á ejecutar la infantería.

Mientras las tropas de la derecha procuraban preparar bajo un vivísimo fuego las alturas cubiertas de maleza, las de la izquierda, guiadas por el general Houard, se aproximaron al barranco, trasladáronse al lado opuesto y lograron establecerse sobre una meseta que evacuó el enemigo.

Este movimiento fué seguido por el centro. Sucesivamente el 8.º de ligeros, la artillería y la caballería fueron á ocupar la meseta abandonada por el contrario. Interin la izquierda, compuesta del regimiento croata y del 84 proseguía su triunfo, sin inquietarse de lo que acontecía en el ala opuesta, y avanzaba mucho, no hacía la derecha progresos tan rápidos y se agotaba en vanos esfuerzos para penetrar en la espesura de los bosques defendidos por una infantería numerosa. Así nuestra derecha se quedaba á retaguardia, mientras nuestro centro se adelantaba mucho y nuestra izquierda más todavía. Echando de ver esta situación el general Konownitsín, dirigió contra nuestro centro y nuestra iz-

quierda sus reservas todas y las condujo vigorosamente al ataque. No esperando el regimiento croata y el 84 tan brusco rechazo, hubieron de retroceder prestamente á la altura del centro. Ya estaban á punto de ser arrojados al barranco y nuestra artillería corría peligro de ser tomada, cuando Murat, precipitándose veloz como el relámpago con los lanceros polacos sobre la columna rusa, arrolló al primer batallón, y sirviéndose de sus lanceros contra esta infantería rota sembró el campo de muertos. A la sazón el jefe de batallón Ricard, á la cabeza de una compañía del 8.º de ligeros, fué en socorro de nuestras piezas, de las cuales estaba á punto de apoderarse el enemigo. Eugenio soltó igualmente el regimiento 106, mantenido en reserva hasta entonces, para apoyar al 84 y á los croatas. Estos esfuerzos reunidos contuvieron á las masas rusas, volvieron á empujar nuestra izquierda hacia adelante y mantuvieron nuestro centro. Entretanto Murat, Eugenio, Junot, jefe bajo las órdenes de Eugenio del ejército de Italia, acudieron á nuestra derecha, donde el general Roussel, á la cabeza del 92 de línea y de los cazadores del 106, se ufanaba muchísimo por vencer el doble obstáculo de las alturas y de los bosques. Junot se puso al frente del 92, electrizóle con su presencia, y triunfante nuestra derecha obligó finalmente á los rusos á retirarse.

Descubriendo Murat y Eugenio más allá de las tropas de Konownitsín otras columnas compactas, que eran las de Ostermann, sobre un terreno cada vez más quebrado, temían, aunque victoriosos, empeñarse demasiado, porque ignoraban si convenía á Napoleón provocar una acción general. Mas de repente le sacaron de apuro los gritos de *viva el emperador!* que señalaban la llegada de Napoleón comunmente. En efecto, apareció seguido de su estado mayor, lanzó una mirada sobre el campo de batalla, que vió sembrado de cadáveres, si bien de rusos muchos más que de franceses, y al instante conoció á las claras la intención del enemigo, que no era aún la de dar la batalla, sino de disputarnos tenazmente el terreno para embarazar nuestro movimiento, y previno que se prosiguiera sin descanso hasta la noche.

Durante esta persecución que la derecha estaba obligada á ejecutar siempre, sosteniéndose en el declive de alturas cubiertas de maleza, el bizarro general Roussel, que disputaba el terreno de la espesura de un bosque á otro, fué herido de un balazo, y murió con sentimiento del ejército.

Esta segunda jornada nos costó mil doscientos hombres, cuatrocientos de ellos muertos y los demás heridos. Cerca de dos mil perdieron los rusos. No tomamos cañones, y cogimos pocos prisioneros. Por lo demás las tropas acreditaron valor extraordinario.

Napoleón pasó esta noche en medio de la vanguardia, resuelto á ponerse desde la madrugada á la cabeza de sus tropas, pues á cada paso que se adelantaba se hacía la situación más grave y podía producir sucesos de importancia. A las tres divisiones del primer cuerpo, á la guardia y al mariscal Ney prescribió que se incorporaran á la cabeza del ejército lo más pronto posible, á fin de estar en aptitud de dar batalla, si el enemigo se determinaba á admitirla. Agobiados de fatiga los bávaros fueron dejados á retaguardia en Beschenkowicz para cubrir las comunicaciones con Polostk, pues-

to que se había señalado á Oudinot, y con Wilna, centro de todos nuestros recursos y de todas nuestras comunicaciones.

A la aurora siguiente Napoleón, seguido del príncipe Eugenio y del rey Murat, marchó adelante, para mandar personalmente aquella jornada. Muy cerca estaba de Vitebsk y ya se distinguían sus torres hacia nuestra izquierda, á orillas del Dwina, y á la falda de un ribazo. Un barranco nos separaba del enemigo, y había sido incendiado el puente que servía para cruzarlo. Más lejos se divisaba una llanura bastante extensa, en la cual una numerosa retaguardia de infantería y caballería se aprestaba á disputar el paso del barranco. Finalmente, en el fondo de la llanura se distinguía un riachuelo, desaguando en el Dwina cerca de Vitebsk, y más allá de este riachuelo el ejército ruso en batalla, presentando una masa que se podía calcular en noventa ó cien mil hombres. ¿Acaso quería por fin dar batalla para impedir que nos estableciéramos entre ellos y Bagratión y penetrar en el agujero que separa el Dwina y el Dnieper? Su actitud autorizaba á creerlo, é inmediatamente Napoleón envió ayudantes de campo unos tras otros, para apresurar la llegada del resto de las tropas. Aquel día no era posible aguardar más que un nuevo choque de nuestra vanguardia con la retaguardia rusa, pero al día siguiente parecía indudable la batalla. Napoleón deseábala con ardimiento, y el ejército participaba de sus deseos y sus esperanzas.

Aproximándose al barranco que nos separaba de la retaguardia enemiga fué necesario detenerse para restablecer el puente, que era muy estrecho, y desfilar por allí en seguida. Un poco á la izquierda se situó Napoleón y á retaguardia, sobre una altura desde la cual abarcaba toda la extensión del campo de batalla. Delante de él se pusieron los cazadores de la guardia. El día estaba soberbio, el sol resplandeciente, el calor era extremadamente vivo. Como los días anteriores, formaba el ejército de Italia la cabeza de nuestra columna en unión de la caballería de Nansouty. Habiendo peleado la víspera la división de Delzóns, cedió el paso á la valiente división de Broussier. Este general apresuróse á hacer reparar el puente, lo cual consumió algo de tiempo, y de seguida el regimiento 16 de cazadores, de la brigada de Piré, pasó el barranco y detrás trescientos cazadores del 9.º de línea. Desfilando por la izquierda estas tropas, á la falda de la cumbre en que Napoleón se hallaba, se adelantaron por la llanura, mientras los regimientos de Broussier cruzaban el puente, yendo después unos tras otros á formar en cuadro sobre la llanura el 53 á la cabeza, y los demás en escalones sucesivos. Al mismo tiempo el general de brigada Bertrand de Sivrai, con el 18 de infantería ligera, se dirigió hacia las alturas cubiertas de matorrales, que se extendían por nuestra derecha.

Mientras se operaban estos movimientos al amparo de una artillería numerosa, habiéndose adelantado mucho por la izquierda el 16 de cazadores con los tiradores del 9.º, atrajo una tempestad sobre su cabeza. El conde Pahlen lanzó en su contra á los cosacos de la guardia imperial rusa. No teniendo el 16 á nadie que le sostuviera si cargaba, resolvió esperar á pie firme la carga del enemigo, amorteciéndola con los fuegos de carabina. Efectivamente, esperó con sangre fría á los